

El invierno del poeta

Loures Gil

UNA DE LAS NOVELAS QUE HEBERTO DEJÓ POR TERMINAR lleva un título de película antigua: *La estación del amor*. Le importaba mi criterio, pero las razones que me daba para ese título nunca me convencieron. Heberto, como tantos escritores cubanos, tenía la nostalgia de la nieve. Encontraba monótono el clima del trópico y prefería las regiones donde las cuatro estaciones estaban bien definidas. Comparar las estaciones del año con las de la vida no es un concepto original, pero para Heberto las estaciones eran etapas incumplidas, sucediéndose una dentro de otra sin haber terminado su ciclo. Decía que el invierno era la estación del amor. Puede que sea cierto. Las pasiones tardías deslumbran porque una luz tamizada demora las imágenes sobre los ojos, los sobresaltos se asientan para siempre y una claridad inusitada y nueva coloca las cosas en su sitio, mostrándonos los asombrosos límites de nuestra vida.

Al sentarme a escribir estas páginas no puedo sustraerme del pensamiento que me agrede sin tregua últimamente. Escucho dentro de mí los versos: «de qué valen tus herejías en este claustro/de qué valen tus besos enardecidos/ la cúpula jaspe de tu alma/ de qué vale el recuerdo» No quisiera citar mi poema sobre Abelardo y Eloísa, pero es mi voz interior la que me flagela, mi propia escritura busca su venganza y me persigue. Ya no es mi voz. Me habla con la más absoluta autonomía. No dialoga, no espera una respuesta. Me ronda sin verla: «de qué valen tus herejías, Abelardo, de qué vale el recuerdo».

Claro que pensaba en nosotros, en Heberto y en mí, cuando lo escribí. Fue un período en que él enseñaba en Madrid y no nos vimos durante unos meses, aunque viajé a Londres para encontrarnos en Europa. En mi soledad, los amores desgraciados de Abelardo y Eloísa brindaban un raro consuelo. Pierre Abelard, otro mutilado de la historia y del pensamiento de sus contemporáneos; brillante, pasional, audaz. Eloísa, silenciada, reclusa en un convento. Amores acosados por el orden social de cualquier época, que no perdona a quienes lo transgreden. Abelardo y Eloísa, separados, traicionados por su propia familia.

De qué valen tus herejías, Heberto, pregunto dándole vueltas a la noria. Pagó un precio tan alto que me confesó en más de una ocasión que el hombre que era ahora no hubiera hecho las cosas del mismo modo. Pero esas rectificaciones nos las inventamos todos. Creía en el socialismo y en la transformación necesaria del orden social cuando lanzó los poemas de *Fuera del juego*. Sus indagaciones post-marxistas, las lecturas de la escuela de Frankfurt y la evolución de su pensamiento político aparecen en su novela *En mi jardín pastan los héroes*. En su ponencia Mas allá de nuestros antagonismos para la Conferencia de Estocolmo encontramos una retrospectiva del proceso inicial de la Revolución y su participación en el mismo, a la luz del presente.

A su regreso de Suecia la universidad no le perdonó el haber asistido a aquel encuentro de escritores de la isla y del exilio y se quedó sin trabajo. Estocolmo fue un gesto precoz, anticipado y Heberto quedaría una vez más fuera del juego. Herejía y castigo, como ciclos que se repiten en una continuidad isla-exilio, sin rupturas.

Nunca cesó de «rebelarse», de transgredir límites y normas establecidas, desde que a los dieciséis años (ya era el autor de *Las rosas audaces*) presentó a Juan Marinello en un club de Pinar del Río, para indignación de su padre. Cuando lo conocí, el 18 de marzo de 1980, su comportamiento era incorregible: me enamoró a la vista de todos en casa de Chelita García Marruz, acorralándome en la cocina. Evité desde esa noche encontrarme a solas con él, porque se repetía la escena en cualquier parte y porque no lograba conciliar a aquel hombre desfachatado con su escritura. Yo era lectora de *La hora y La infancia de William Blake* por ejemplo. Nuestras poéticas eran distintas.

Pero el tiempo suaviza nuestras primeras impresiones de la gente y aprendí a hablarle al Heberto sereno, sensato, divertido o grave, según la ocasión. Un día descubrí que la impertinencia y el ruido eran una fachada. Recuerdo que nos habíamos reunido en la casa de Ileana Fuentes en Highland Park cuando Heberto regresó de su viaje a la nueva Rusia, después de casi treinta años de ausencia, invitado por la Unión de Escritores. Ileana mostró unas fotos tomadas en casa de otros amigos un mes antes. Vi a Heberto avergonzado y rehuýndome los ojos, porque en una foto me agarraba del brazo intentando besarme. Entonces comprendí que era capaz de sentirse apenado por sus actos.

Sabía lo que sabíamos todos: que bebía, que era infeliz en su matrimonio, que andaba itinerante en distintas universidades, que cada vez se le leía y se le recordaba menos. Pero desconocía su verdadero sentir, lo que pensaba del rumbo que había tomado su vida en el exilio, de la imagen que se había ido delineando de su persona y por tanto, la percepción que se tenía de él. Iba a saber todo eso y muy pronto. Quizás fue el destino. Al menos eso opinaba Ramón Alejandro. No sé que es el destino. Cuándo llega o por qué. Sé que en el amor se interioriza al otro y que ahí reside la verdad. O que, como le gustaba decir a Heberto, el amor te hace ver a Dios en los ojos de la persona amada.

Lo cierto es que en la Conferencia de Estocolmo en mayo de 1994, después de catorce años de jugar al gato y al ratón, Heberto y yo, solos por primera vez, pudimos hablar, llorar, soñar con la vida que nunca habíamos tenido.

Culminaba la crisis de su vida íntima. En su casa se hacían planes para una mudanza a Texas y a él no le interesaba el provincianismo del suroeste de Estados Unidos. Estaba anonadado pero decidido.

En Suecia comprobé también cómo los que habían sido sus amigos, Pablo Armando Fernández y Miguel Barnet lo perseguían, le pedían ver la columna del Herald, se aparecían cada noche con botellas, trataban de llevarlo a la Embajada de Cuba. «¿Por qué lo permites?» le pregunté y desde entonces se refugió en mí. Alguna gente me ha dicho que Heberto era un hombre débil. No es verdad. Quienes lo conocían desde la juventud hasta que estuvo en la cárcel en 1971, saben que era desafiante y osado por naturaleza, de palabra aguda, mordaz. Algo esencial se quebró dentro de él en la ignominia de los interrogatorios, las pateaduras, las inyecciones, el auto de fe ante la UNEAC convertida en tribunal de la Inquisición, el acoso y la vigilancia perpetua. A esas injurias se sumarían otras menos visibles pero igual de siniestras y tendrían otro alcance más incisivo.

En su obra *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Michael Foucault nos ha dejado el más profundo y abarcador estudio de la sistematización del poder y el ejercicio de la autoridad fuera del sistema penal. Foucault señala cómo después de la Revolución Francesa el castigo a los condenados deja de ser un espectáculo público, donde el cuerpo del reo es descuartizado o quemado. En el siglo XIX el foco del acto punitivo deja de ser el cuerpo humano y se desplaza al alma. «Fue un momento importante», nos dice Foucault. «Un nuevo personaje entra en escena, enmascarado. Empieza la comedia, con juegos de sombras, voces sin rostro, entes impalpables.»

¿Cómo se aprisiona el alma? ¿Cómo se le asedia y socava y anula? Según Foucault, se ejerce el control del individuo y de cada aspecto de su vida fuera de la cárcel, en una aparente libertad que le permite funcionar en la sociedad, pero que no significa una disminución en el uso del poder. Además de las instituciones secundarias (que en el caso del exilio de Heberto podía ser cualquier casa editorial, cualquier facultad universitaria, cualquier periódico), se cultiva una compleja red de información y control muy cercana a la vida personal: amigos, colegas, familiares. Este circuito se multiplica y va cerrando a nuestro alrededor pero no lo vemos. Se penetra el ámbito vital del individuo en una red invisible que a veces (no siempre) aprende a leer e interpretar por medio de signos. Es un verdadero mapa siniestro, un hipertexto que va minando la superficie de la vida del perseguido y conforma un discurso público coherente. Las relaciones de poder y dominación no funcionan ya a través de la ideología, porque la subyugación se logra por vía personal: los transmisores de información y control son amigos, familiares, a menudo involuntariamente. Actúan sobre la psique, la subjetividad, la personalidad, la conciencia.

Ya dije que en el amor se interioriza al otro; también se heredan venturas y desventuras. Vivimos dentro del antagonismo agresivo y feroz de sus hijos y ex mujeres a partir de febrero de 1997, cuando Heberto sufrió dos infartos seguidos y pasó dos años y medio sin trabajar. Situación que se recrudeció después de su divorcio. El silencio que mantuvimos al respecto ya no tiene sentido y si

he decidido romperlo ha sido motivado por el crimen cometido con el patrimonio literario de uno de los escritores cubanos más importantes del siglo XX.

En el verano del 98 Heberto hizo arreglos con un anticuario de libros de Boston para que lo representara a la hora de disponer de sus libros, papeles, manuscritos, correspondencia, etc. Heberto le explicó que Belkis, durante la separación, le había escondido doscientas cajas con sus libros antes de marcharse a Texas y nadie sabía donde estaban. Tenía todos los derechos legales para recuperarlas, pero desafortunadamente en esas fechas le sobrevino el ataque al corazón que lo colocó al borde de la muerte. Heberto ya no tendría fuerzas sobrantes para una lucha familiar interna. Las fuerzas que le quedaban apenas le permitían trabajar. Vivíamos sin automóvil, sin fax, sin Internet, con una computadora alquilada. La pensión anual de Heberto era de \$7,000 y yo la complementaba con mi sueldo y mi propia pensión. Recibíamos algunas invitaciones a charlas o lecturas, pero fueron años muy duros.

Heberto recibió la cátedra Elena Díaz-Versón de Amos en la Universidad de Columbus en Georgia y pasó a ocuparla en septiembre de 1999. Pasamos ese semestre viajando cada mes para estar juntos y cuando se presentó el trabajo en Alabama calculamos que podríamos hacer igual. Enseñar lo revivificaba y daba sentido a su vida. Llegó a Alabama el 20 de agosto y me llamó consternado: había desaparecido hasta su último libro, así como los manuscritos de sus tres novelas inéditas (*La estación del amor* entre ellas) durante sus visitas a sus hijos en Miami y en Texas. No habíamos podido hablar libremente hasta entonces, porque en las casas de sus hijos y ex mujeres nos grababan las conversaciones y nos abrían las cartas. Él no siempre podía salir a llamarme de teléfonos públicos. Su peor angustia consistía en no poder determinar cuánto había perdido en Miami y cuánto en Texas. «No tengo ni una foto tuya, de nosotros dos.» Pensaba que las habían destruido.

Su muerte me tomó de sorpresa, me había acostumbrado a que sobreviviera las peores crisis. Pero mientras él vivía, su existencia me protegía y yo no imaginaba cuánto. Asistir a su entierro fue imposible; hubo insultos y amenazas. Hoy hay varios litigios dentro de la misma familia por su patrimonio, y por el poco dinero que dejó, pero eso no importa. Importa que sus deseos de dejar sus libros a la Colección de la Herencia Cubana de la Biblioteca de la Universidad de Miami, sitio imprescindible de nuestra diáspora, se hayan ignorado. Me duele que su obra se fragmente, que se comercie con ella, que se le hayan entregado mansamente cosas suyas a Pablo Armando Fernández, a quien el gobierno cubano envió a Miami unos días después de la muerte de Heberto precisamente con ese propósito.

Es la red de control que tan bien entendió Foucault. «Tengo al enemigo en casa», me decía Heberto. De qué valen tus herejías, Heberto. De qué valen tus besos enardecidos, la cúpula jaspe de tu alma. De qué vale el recuerdo.